Arnillas Arana

Hermilio Valdizán

HERMILIO VALDIZÁN

20 de noviembre de 1885

25 de diciembre de 1929

Arnillas Arana

Hermilio Valdizan

IMPRENTA EDITORIAL "LA COTERA" AMARGURA 984
LIMA - 1940

Aspecto científico y humano en la vida y obra de Hermilio Valdizan

Discurso pronunciado en la Sociedad de Neuro-Psiquiatría y Medicina Legal el 23 de diciembre de 1939.

A LOS HIJOS DE
HERMILIO VALDIZÁN

Señores:

Han pasado diez años del triste 25 de diciembre en que abandonó este mundo Hermilio Valdizán en medio del duelo y la sorpresa de los que le amaron, de la honda pena de sus discípulos, de la orfandad de sus pobres locos y del sentimiento enlutado de la ciudad de Lima que, por seguro instinto, habíale concedido prestigio y respeto que sólo ofrece a los varones de excepción.

Los términos con que hoy debemos referirnos al maestro Valdizán difieren bastante de los premiosos elogios, de los panegíricos del día siguiente de la muerte. A esta altura del tiempo debe quedar neta y a toda luz

la personalidad humana sobreviviente o indestructible del gran médico y profesor peruano.

Es así como nos repartimos la tarea de exhumar una vida ilustre los doctores Delgado, Belaunde, Lastres, Gutiérrez y el que habla; tocando a cada uno tratar los aspectos psiquiátrico, histórico, peruanista y médico legal de Hermilio Valdizán el que posiblemente—desde la esfera incorruptible en donde mora—nos escuche con la modestia, discreción y suave ironía que lo caracterizaron en vida y nos inspire a decir algo importante, no lo pegadizo y accesorio en la glorificación al ser abstracto de los muertos, ya que él no perdura solamente por lo que hizo, por lo que escribió o enseñó, sino por lo que fué.

Se empina sobre su obra científica que mis destacados colegas han estudiado, obra que debió realizar en circunstancias nada tranquilas trabajando de joven en los diarios para costear la carrera, más tarde en las tareas burocráticas de la Secretaría de Medicina y la Dirección del Hospital Víctor Larco Herrera, todo el tiempo en la preparación de sus cursos que reclamaban constante estudio y permanente información para estar al día con la experiencia científica de otras partes del mundo. Sólo quien tiene además de un gran anhelo de adoctrinar la juventud inmensa capacidad de sacrificio pudo haber encontrado tiempo para obra tan importante en el orden del pensamiento y la investigación. Ante la relatividad de los conocimientos científicos que, empero, conducen a muchos al pragmatismo orgulloso, a la frialdad analítica, a la disciplina objetiva, Valdizán, un hombre sincero, proteico y peruano antepone algo perdurable e indestructible, algo no relativo: su aptitud

bondadosa, una magnanimidad y una voluntad de tan puros quilates que parece que es aquí donde primara toda su gloria, donde hallara sustento su inmortalidad.

Fué un apóstol, fué un santo laico, sereno y puro. Detrás de esos anteojos y esa espalda inclinada por el peso de un trabajo agobiador (de estudio, de clínica, de organización de un Hospital, de conducción de una juventud) en el compás roto de esos pasos fatigados algo imprimía prisa a la marcha, se sobreponía al cuerpo, se adelantaba al día: era un pensamiento cariñoso, dilecto, de ayuda y comprensión activa, siempre malicioso porque a Valdizán no se le ocultaba ninguna cosa de sus alumnos, de sus colegas, de sus clientes, pero cordial y sincero. ¡Oh la vejez prematura de quien bebió en la Historia del Perú, en la Historia de la Medicina, en la vida que aporta tanto desengaño la ciencia invariable de la bondad!

Si queremos imaginar un hombre parecido a Valdizán tendremos que acudir a la literatura que ha encarnado al arquetipo del médico de provincia. El que está lejos de la civilización, el que no tiene elementos ni sala de cirugía, ni libros, el angustiado que cura con las manos y una pobre botica y da siempre al enfermo una apariencia de calma y de paz interior en tanto le entrega las noches y los días en una proyección generosa y total de la vida. Valdizán no llegó jamás a disciplinar sus sentimientos a extremos de conformarse con estudiar un enfermo como si fuese un objeto meramente científico; a cada momento crece en él la convicción de que trata con seres humanos y no con estructuras que entran bien o mal en el retículo de la experiencia médica. Y es así como llega a poner un caudal de a-

mor, un esfuerzo de todas las potencias del espíritu para cumplir su obra: el magisterio, la medicina legal, la psiquiatría. Para un alma tan poderosamente sensible cada jornada fué un renacimiento del dolor que lo hería a cada paso y del cual sobrevivía atormentado y en silencio. Ni una queja entre la tarea. Ni un asomo de egoísmo, de pervertida afición a los bienes y a las alegrías del dinero, del prestigio, la clientela y todo lo que constituye la mendicidad espiritual de las existencias banales.

Era inteligente. No se trata aquí del usual significado de esta palabra: inteligente puede ser también el que posee, usa y administra los conocimientos y las experiencias de la vida. Era inteligente en el sentido real y duro del término: el que modifica las condiciones del ambiente, el que no se conforma con la ciencia aprendida y vulgarizada tal como viene, el que sufre cada día por todo lo que entrevé y no puede alcanzar con su mano y se alarga hacia la verdad con fervoroso anhelo.

Quiero recordar uno de los triunfos de Valdizán. Eran las siete de la noche en el invierno de 1928. Sus alumnos de jurisprudencia médica aguardaban la iniciación del curso que se le había confiado recientemente. Valdizán subió a la tribuna visiblemente emocionado y se mantuvo un minuto silencioso; comenzó luego, seriamente, su primera clase que es de estilo que sea un panorama general de la materia por tratar en el año académico. Se refirió al espíritu de los anteriores maestros de la ilustre casa de San Carlos que moraba en el claustro y apuntaba ya los principales capítulos de que había de componerse su curso cuando cambió el tono de

la voz y comenzó a hablarnos en lenguaje familiar. No quería usar de su encumbramiento, temía de que se le creyera engolado y distante y habló como hombre de sus experiencias y dificultades, recordó con emoción que su primera familiaridad con la Jurisprudencia Médica partía de su vida de cronista en la prensa de Lima, de la contemplación de los saldos del crimen, de haber escrito con la prisa y colorido que le son propios la crónica policial de los diarios. Por este cambio de la voz y de la actitud nos fué posible aprehender la personalidad del maestro y en un silencio pleno de simpatía y avidez por parte del alumnado, él fué descorriendo con hábil mano el programa de su curso dando a cada institución médico-legal su aspecto humano, su trascendencia y su práctica. El aplauso entusiasta de la clase cerró la actuación, pero Valdizán no le oyó mucho rato; como si hubiera fuego en la casa, se desligó de grupos a derecha e izquierda y siguió lleno de prisa, más inclinado que nunca, muy aturdido entre los alumnos que le formaban escolta por el claustro, reacios a dejarlo partir solo.

Había firmado ya en cada conciencia, con humildad, su nombre.

A los peritajes médico legales que prestigian la figura ilustre del profesor Leonidas Avendaño, Valdizán se entregó por entero.

En nuestra búsqueda por los archivos judiciales encontramos en los peritajes de psiquiatría forense la huella de su paso en conceptos que convencen por su razonamiento científico y llenan el espíritu de recogimiento por su alto sentido moral. Leemos su opinión en un peritaje:

..."Las consideraciones en virtud de las cuales los peritos han insistido respecto al perdón que el señor X debe a su hija son de índole moral. Créen los peritos que este amor de los padres por los hijos constituye la mejor garantía biológica para la prole, es tan universal y tan hondo que debían averiguar en torno a él la integridad afectiva de este señor X que tan duramente amenaza castigar a la única hija que tiene y que sólo explica este empeño punitivo en una frase estereotipada: "Debe pagar lo que ha hecho". Cuando un padre se atrinchera en este motivo ético inferior de la venganza o es un enfermo mental o es un inferiorizado mental. Si la afectividad evolucionada del adulto nos lleva a perdonar las injurias de los extraños, esta facilidad de perdonar es mucho más considerable en el sujeto normal, cuando la ofensa es mínima y el ofensor es un hijo"...

La actitud de Valdizán ante el crimen es la del humanista. Es el gran comprensivo que busca la luz y la transmite, que enseña a los jueces con el dictamen de la ciencia los aspectos imprevisibles de la psicología de los infortunados para que los magistrados no pidan castigo sino curación. Trabajos de inmenso mérito se encuentran archivados en la Suprema Corte de Justicia, en los Tribunales Correccionales, en los Juzgados de Instrucción así como en diarios, revistas y lecciones universitarias y en ellos prima unidad culta, cauta, justa de aquel que no quiere que triunfe el prejuicio, la superstición, la seudo-ciencia, del que combate por el bien al lado de los humildes y los débiles, y con firme mano pone la doctrina.

Habla hoy un alumno de Valdizán que mereció de él, como todos los médicos jóvenes, esa otra faz de su generosidad y de su democracia que consistía en ser, voluntariamente, el igual entre todos.

Tarea ardua y superior a mis fuerzas es el pretender que he logrado esta noche analizar la persona y la obra de Valdizán. No puede hacerlo con frialdad y justeza descriptiva apegada a cifras y a datos quien percibe la estatua en el corazón de los médicos peruanos, en la historia de la Facultad y la Universidad, en el mundo doloroso y misterioso de la Casa de Orates, en la Lima contemporánea. La estatua de suave luz que corresponde a la vida prócer de un hombre sencillo, amplio y valiente: Hermilio Valdizán.

Disertación en Radio Nacional.

26 de diciembre de 1939.

Radioescuchas:

La Dirección de la Radio Nacional me ha confiado la honrosa tarea de que os hable, esta noche, de una figura profundamente querida de la ciudad de Lima, del cuerpo médico y de las instituciones culturales del país: del hombre ejemplar, modelo de desinterés, maestro de juventudes y espíritu abnegado, que falleció hace 10 años, pero cuya huella profunda y luminosa, se ahonda y brilla cada vez más, se extiende cada día más lejos: se me ha pedido que hable de Hermilio Valdizán, una personalidad dedicada a la ciencia, un hombre liberal y sencillo, un médico puro.

Este homenaje de la Radio Nacional, es una consagración y es de oportunidad al cumplirse diez años de

la muerte del maestro, cuando nuestra palabra no puede interpretarse como un elogio interesado, cuando los estudiosos valoran la obra de Valdizán, cuando se reconstruye su biografía y se dice: "Fué la vida de un apóstol, casi de un santo civil", y se trata de erigir, en el alma de nuestro pueblo, una nueva figura, perdurable, fuente de estímulo, lección permanente de hombríedad serena y ejemplar.

Hermilio Valdizán nació en Huánuco, en 1885, del matrimonio de don Hermilio Valdizán, de ascendencia vasca, y de doña Juana Medrano, familia honorable y modesta. En la ciudad natal, aprendió las primeras letras; y la Instrucción Media, en el Colegio que dirigió un hombre cordial y filántropo: don Pedro Abel Labarthe. Los estudios universitarios pusieron a prueba el gran carácter de Valdizán. Quien ha introducido, en su patria, ciencia nueva para alumbrar cerebros enfermos, quien escribió obras que sus compatriotas exhiben orgullosamente, no pagó su carrera,—como dice uno de sus amigos dilectos,—sólo con dinero, como la pagan todos, ni sólo con sus triunfos como la pagan los elegidos de la Universidad, sino con privaciones de largos años y torturas espirituales, soportadas con estoicismo y serenidad.

Hermilio Valdizán fué cronista de los diarios de Lima. De la pluma de "Juan Serrano", en "El Tiempo" y en "La Prensa",—en época de auge de nuestro periodismo,— mucho bueno y sano nació, revelando crítica honrada y juicio profundo.

En 1909, escribe "La delincuencia en el Perú", importante tésis para graduarse de Bachiller en Medicina, y en 1910, a los 25 años de edad, se gradúa de médico,

obteniendo que se le exonerase de los derechos de recepción, premio que no se otorgaba desde hacía 20 años. Fué enviado a Europa por el gobierno, en donde trabajó al lado de la eminente personalidad de Sante de Sanctis, quien consideró al médico peruano notable clínico y promisoria figura para la Psiquiatría mundial. Con L. Ciampi estudió notables casos de frenastenia, que pueden considerarse como modelos de observación y crítica. En 1914, después de estos fructíferos estudios, regresó al Perú, iniciando las investigaciones científicas en la rama de su especialidad: la Psiquiatría. En esta época, se gradúa de doctor en medicina con el notable trabajo "La alienación mental en los primitivos peruanos", en el cual los conocimientos psiquiátricos se encuentran a la misma altura que las adquisiciones históricas. Su labor clínica tiene como punto de partida importante, el consultorio de enfermos mentales en el Hospital "Dos de Mayo".

En Valdizán, que, como escritor en materia científica, no ha encontrado rival por la densidad y amplitud de la obra, por el número de los trabajos publicados, por el carácter peruano de sus escritos (Locos de la Colonia, La Alienación mental de los Primitivos Peruanos, La Medicina Popular Peruana, Crónicas Médicas, Apuntes para la Bibliografía Médica Peruana, José Casimiro Ulloa, Historia de la Facultad de Medicana, Anecdótica Médica Peruana, La Delincuencia en el Perú, La Psiquiatría en el Perú, La Coca y sus Problemas relacionados con la raza indígena), se debe admirar el estilo castizo, el amor inagotable por los empolvados pergaminos, por la historia de nuestra medicina y sus cultiva-

dores y por la elocuencia de sus escritos, acabados como estilo y plenos de emoción y sinceridad.

Maestro de Psiquiatría, fundador de la Cátedra en la Facultad de Medicina, le toca a Valdizán formar las generaciones que han hecho especialidad de las enfermedades mentales e iniciar el estudio ordenado y metódico de esta disciplina científica.

Fundador y Secretario de Redacción de los Anales de la Facultad de Medicina, dejó en ellos, la huella perdurable de su dedicación y esfuerzo.

Con Honorio Delgado, quien titula a Valdizán maestro de maestros, fundó la Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas, orgullo de la Bibliografía médica peruana y exponente legítimo de la cultura de sus animadores.

En la Facultad de Derecho, funda la Cátedra de Jurisprudencia Médica, en 1928, y en el Instituto Pedagógico fue profesor ad-honorem.

La Historia de la Medicina, a la cual dedicó todos sus desvelos y cariños, impulsó a Valdizán a fundar la Revista "Unánue".

Valdizán fué pío con los insanos, reformando los métodos de asistencia hospitalaria en el Asilo Colonia de Magdalena, que dirigió hasta su muerte. Luz, amor para los humildes, comprensión serena y aguda para todas las manifestaciones de la vida y de la cultura, en Valdizán, se da el caso raro de un hombre que no sólo sobrevive en su obra, considerable y notabilísima ,sino que perdura en el recuerdo de los que le conocían, de los que, a su lado, se educaron en la justicia humana y en la emoción social.

¿Quiénes fueron sus amigos? Ernesto Odriozola, Honorio Delgado, Leónidas Avendaño, Guillermo Gastañeta, Daniel Mackenie, Enrique Encinas, Juan Francisco Valega, Carlos Krumdieck, Alberto Ulloa, Luis Fernán Cisneros, Leónidas Yerovi, Antonio Garland, Carlos Guzmán y Vera, Óscar Miró Quesada, Andrés Aramburú Salinas, Domingo Martínez Luján, José Carlos Mariátegui, Abraham Valdelómar, Luis Alberto Sánchez, Edgardo Rebagliati, Ladislao Meza, Alejandro Ureta, periodistas y médicos, todos los periodistas, para quienes tuvo siempre una palabra de estímulo y quienes inspiraron sus mejores conferencias y trabajos; todos los médicos del Perú y los estudiantes, que, al aproximarse al maestro, encontraban un espíritu acogedor y discreto, un amigo que cumple, con puntualidad, con fervor, las obligaciones de la amistad y que es un guía en el camino de la hombría de bien. Al referirse al trato lleno de delicadezas de Hermilio Valdizán, su amigo y compañero de largos años, Honorio Delgado, dice: "Este talante,—sencillo y gentil, como la presencia de las flores,—hacía que el interlocutor, de cualquier categoría que fuese, se hallara siempre a gusto con Valdizán y también, por virtud de la misma naturalidad del trato, que no parase mientes en aquilatar su singularidad, que hoy se impone a nuestra admiración, con la distancia de los años y el contraste de las gentes que rebosan egolatría".

Ya se dijo de Hermilio Valdizán y de su muerte, que "nutrió libros, curó enfermos, cultivó rosas. Olvidando sus dolores, en el recinto de los pobres locos, fué partido por el rayo en la hora en que vibran las campanas de la ternura universal", al terminar un día de

Pascua, en que, lleno de amor, sus manos se habían agotado dando dulces, juguetes y flores a sus queridos enfermos, quienes, al recibirlos, experimentaban inefable alegría.

Víctor Andrés Belaunde, que ha estudiado, con fervor y admiración, la obra peruanista de Hermilio Valdizán, en ceremonia realizada últimamente en la Sociedad de Neuro-Psiquiatría, exaltó su figura humana, recordando uno de los escritos más bellos que brotó de la fecunda y emocionada pluma de nuestro querido maestro. No resistimos a la tentación de reproducirlo:

"Señor, nunca perdí mi fe en tu misericordia.

La vida, con sus mentidos halagos, pudo alejarme de Tí; pero el dolor, que es la esencia misma de la vida, me volvió a Tí. Fué esperando en Tí como se fortaleció mi esperanza. Fué creyendo en Tí como se mantuvo mi fe.

Yo te conocí a través del alma purísima de mi madre

Fué ella la que me dijo tu nombre y ella fué la que me hizo ver tus bondades infinitas en las sonrisas y en las alegrías de la vida.

Ahora: cuando ella ha emprendido el viaje sin retorno, cuando ella duerme el sueño sin despertar, cuando ella vive la vida de venturas que le conquistaron sus virtudes y su serenidad

en el sufrimiento, yo pienso en Tí más que lo que pensé en vida de ella. Y espero más que lo que esperaba entonces y creo más que lo que entonces creía.

Y te ruego que esta misma fe mía en Tí y esta misma esperanza en Tí, aniden en el espíritu de mis tiernos hijos, de estos pequeños, a quienes contemplo con tanta ternura, para quienes deseo, con todo el alma mía, que seas pródigo en todo género de venturas y que les armes con todas las armas, para sufrir, en silencio, el dolor que, en tus altos e inescrutables designios, pudieras enviarles.

Que mis hijos crean en Tí y esperen en Tí, como cree y espera su pobre padre".

Así era Hermilio Valdizán, apóstol, santo laico, sereno y puro; generoso, dispensador de bondades, creador de imágenes bellas, dedicadas a los humildes, a los débiles, a los torturados, a los que sufren la desesperanza, la duda, el dolor. Figura ejemplar, psiquiatra por antonomasia, superior a nuestro medio, el Maestro, eminente en todos los aspectos de su personalidad, era el gran comprensivo, el tolerante, el humanista, el filósofo dueño de inagotable tesoro, que se daba a los hombres en la medicina, la historia, la sociología y la educación. Si, como médico, es figura cumbre, dueño de gloria que no sólo es de nuestra patria, sino del mundo; como hombre, el insigne desaparecido, es arquetipo,

ejemplo para la juventud e ideal para todo estudioso de los misterios de la vida.

Hermilio Valdizán, un hombre por quien lloraron los tristes, una pena que llegó a los corazones rotos, ha vuelto, en estos días, con intensa vida epónima, a decirnos lo que le debemos, lo que todavía puede enseñarnos.